

La tragedia en verso de Francisco Díaz fue compuesta en 1842 e impresa en 1847, en edición póstuma, pues el autor había muerto dos años antes, en otra de tantas campañas contra Honduras, a los 30 años de edad. Esta vida singular de un joven dramaturgo soldado nos pone ante el misterio de las vidas azarosas del escritor centroamericano decimonónico. Cuántas biografías quedan por escribirse de esa legión de creadores quienes, motivados por vivencias y lecturas disímiles, se entregaron entonces a registrar los designios de repúblicas que nacían entre el fragor de las guerras fratricidas.

A fines de ese siglo un adolescente nicaragüense desembarca en el frío invernal del puerto chileno de Valparaíso. Es el 24 de junio de 1886 y ese día, al salir en busca de un destino que entonces apenas era el suyo, salía también, sin saberlo, a señalar el rumbo de toda la poesía en lengua española. Se cuenta que llevaba apenas un cofrecillo de mano con sus pocas ropas y una carta de recomendación para el magnate y hombre de letras Eduardo de la Barra.

A menudo pienso que ese joven nica de aspecto corriente, pobremente vestido, sin abrigo, tal vez sin guantes ni sombrero, de pie en el vestíbulo de la mansión de de la Barra, examinado sin duda con todo el desprecio de que es capaz un chileno sirviente de la clase alta, ese joven, pienso, soñó entonces con ser algún día un vizconde rubio de los desafíos o un abate joven de los madrigales; tal vez odió ahí sus manos de indio y quiso ser un feliz caballero en caballo con alas, más brillante que el alba, más hermoso que abril, enamorado de una princesa triste y pálida a la que no había visto nunca.

Tal vez por ese desprecio de los aristócratas chilenos que frecuentó, su sed de ilusiones se hizo infinita y, gracias a ella, le dio a la poesía de su país, ¡qué digo!, a la del continente, la bandera de supremacía que más tarde portaron un introvertido cholito peruano, un oceánico comunista chileno, un severo y lúcido intelectual mexicano y nuevamente un sacerdote nicaragüense, quien ha tenido el don de recrear en sus poemas pasajes de los más conmovedores en la historia del continente.

Pero el arranque de este huracán poético que cobró fuerzas en Chile y Argentina, donde Rubén Darío publicó sus libros más famosos, había comenzado, en rigor, en el salón de lectura de la Biblioteca Nacional, en Managua, donde ese joven pobretón y tosco leía insaciablemente a los maestros de la lírica mundial, incluidos los poetas franceses de sus días presentes.

Por cierto que lo que acabo de narrar no pasa de fundarse en una suposición biográfica; sin embargo, me sirve para introducir la siguiente pre-

gunta: ¿sólo la poesía francesa bastaría para decir que a Rubén lo forjaron como poeta esas lecturas? ¿Son los libros que ha leído los que forman a un escritor? ¿Cuánto suman su biografía y los incidentes que creemos pequeños en sus vidas? Como sea, lo cierto es que sabemos muy, muy poco de la vida de nuestros creadores, redescubiertos ellos en momentos en que la biografía como género se hallaba humillada en un rincón, apocada ante las oleadas de una y otra teoría francesa que, prescindiendo del dolor del ser vivo y de las pesadumbres de la vida consciente, llegaban a nuestras playas como las únicas olas aceptables del mar de la sabiduría.

Debería decir de la sabiduría y del dominio. ¿No se ha probado ahora con claridad que el pensamiento capaz de tales teorías pertenece al primer mundo y actúa como un valor agregado del capitalismo colonizador? ¿No es que, sobre todo, nos enseñan a repetir pensamientos y juicios como el amo y no como el cautivo que somos? Esos sistemas no tienen cómo explicar la paradoja que sepamos de los primeros ríos de sangre derramados en el istmo por razón de la conquista española, y que sepamos de los segundos por razón de la conquista comercial encabezada por William Walker, Cornelius Vanderbilt, Minor Keith y su inevitable United Fruit Company. Y que sepamos de los terceros gracias al género del testimonio que ahora nos ha venido a iluminar nuestro propio presente.

Una crónica de aquellos segundos ríos de sangre centroamericana regada en sus propias tierras comenzó a grabar Hernán Robleto, en las páginas de un texto conmovedor: *Sangre en el Trópico. La novela de la intervención yanqui*, aparecida en Madrid en 1930.

La obra de este periodista liberal recrea pasajes de la historia nicaragüense inmediata, y puede leerse como un homenaje indirecto a Augusto César Sandino, quien en 1927 había comenzado a movilizar sus hombres contra una ocupación que duraba ya más de 15 años. Las páginas de Robleto, que a ratos parecen excederse en sus descripciones, a ratos no hacen más que incorporar los excesos registrados en la crónica de estas décadas, donde la violencia era atizada por la estupidez de los partidos políticos locales que acudían a menudo al Navy Department en busca de un socio fuerte que los ayudara a mantenerse en el poder. Guerras entre hermanos cuyos miles de muertos locales caían gritando «¡Viva el partido Liberal!» o «¡Viva el partido Conservador!», en tanto los soldados estadounidenses participaban o contemplaban las masacres mientras hacían sus propios planes.

Cierto, los ejércitos invasores venidos desde el norte no los formaban sólo los *marines*, sino sobre todo los *entrepreneurs*, los empresarios del banano, fruta de perdición, la manzana del trópico, que va a servir para formar la primera gran compañía transnacional: ¿no es irónico, no es un sar-

casmo de la historia, que una de las empresas más ricas y poderosas del mundo por entonces se levante en esta tierra con y por el trabajo de los cen-roamericanos? ¡Oh United Fruit Company, Oh Mamita Yunai! ¡Cuántas líneas no se han dicho en tu bendito nombre!

Voy a recordar ahora a sólo un trabajador de tus plantaciones, a uno que ya tenía el estómago destrozado por los parásitos del pantano cuando murió aplastado por un árbol recién cortado, bajo el peso de su tronco, porque era preciso barrer aquellas prístinas selvas vírgenes para abrir paso al bananal, como nos lo cuenta un compadre de ese moribundo, otro trabajador famélico de tus campos quien un día tomó la pluma con indignación y patriotismo, para publicar en 1941 su *Mamita Yunai*; fue el obrero escritor costarricense Carlos Luis Fallas, narrador entre la ficción y la lucha social, entre la protesta y la creación literaria.

Fallas es el compadre de Calero, el hombre destruido por el árbol, y a quien debe dar sepultura, como manda el rito de la amistad; entonces relata en su novela: «Cuando le pedí al viejo una mula para sacar el cuerpo mutilado [...] movió la cabeza y me hizo un gesto que quería decir: ¿Para qué sacarlos? Lo mismo se pudre en el suampo allá afuera, que aquí, sirviendo de abono en este bananal. Tenía razón el viejo. Calero quedó de abono de aquel bananal» (p. 179. Ahí se cerraba el círculo inescapable de la miseria y de la dependencia: de la tierra a la fruta, de la fruta al peón, del peón a la tierra.

Un camarada de Fallas, Ramón Amaya Amador, conoció el fondo de las enormes plantaciones del banano hondureño; si Fallas fue «liniero», arrastrando la fruta en un cable de acero como bestia de carga, Amaya fue «venenero», y años después supo derrotado que al regar las plantas con sulfato de cobre, el veneno iba con más saña a sus pulmones que a los verdes racimos donde quedaba destilando: «...tierra que exigía dolor para su fecundación. Sangre azul de sulfato, por las tuberías largas. Sangre rojinegra, sangre de hombres con los bacilos de Koch en impulsión de muerte. Bananos. Máquinas. Hombres. La compañía acumulando el oro. Los campeños persiguiendo un pan» (p. 177). Su prosa describe otro círculo cerrado: había allí muy pocas opciones para existir como humanos, por eso el hondureño dio a esta novela de 1950 el título breve y categórico de *Prisión Verde*.

Ambos, Amaya Amador y Carlos Luis Fallas fueron miembros del partido comunista y no hay duda que disciplinados seguidores de sus postulados estéticos. Militaron y escribieron como homenaje a los principios de su partido; acaso de ahí nazca la limitación de estas obras: son maniqueas y se explayan demasiado en la denuncia; pero acaso de ahí venga también su

grandeza: son expresión coherente de una conciencia social centroamericana que, por sobre el peso de los nacionalismos burgueses, aprendía a cómo manifestarse en contra del imperialismo y, además, certificaba así una madura conciencia de clase.

Ahí es donde aparece duplicado el milagro de la escritura literaria, que ha permitido a estos hombres pasar la barrera de su partido y de su tiempo para dejar una prueba indeleble de esa historia brutal aunque más bien ignorada sobre la consolidación de enormes riquezas externas a costa de los sufrimientos padecidos por la enorme pobreza interna.

El ciclo sobre las fechorías de las transnacionales del banano culmina y se cierra en esa década de los cincuenta con la trilogía brotada de una pluma que ya era conocida pero iba a ser célebre, la de Miguel Ángel Asturias, quien rubricó con *Viento fuerte*, *El Papa verde* y *Los ojos de los enterrados* la crónica de fuego, desposesión y abuso que había comenzado el día en que Minor Keith, futuro padre de la *Yunai* probó aquella dorada fruta de perdición.

Pero toda novela de intención política quedaba pequeña ante la obra aterradora que ese mismo exiliado guatemalteco había escrito entre desplazamientos por Europa y su América desgarrada. En 1946 una modesta editorial mexicana dio a conocer la obra donde surgía como reflejo de un espejo de espantos, la Guatemala del infame Estrada Cabrera. Y no digo que ante esta novela quedaran pequeñas otras obras de la región centroamericana, o del continente americano, sino sin duda de la literatura de todo el mundo, como lo reconoció el Premio Nobel de 1967. Miguel Ángel Asturias recibe esa distinción, primera otorgada a un centroamericano, como homenaje también a los muchos cronistas del dolor que le precedían, de los cuales él era ahora su imagen presente, y ¿quién lo duda?, su máximo representante.

En Centroamérica, ¿cómo no iba a ser así?, alcanzaban su mayor altura la crueldad y el abuso hechos literatura. Esa es la síntesis final de *El Señor Presidente*. ¿Qué nos espera en el futuro? Es difícil preverlo, pero es de esperarse que la violencia representada sea sólo producto de la imaginación creativa de un artista superior y no la expresión de cronistas narradores cercanos tanto más a la historia que a la ficción. Tal vez para alivio y superación de nuestra literatura —y de nuestras vidas!— velemos para que nuestra sociedad, como su historia, sean más honestas, más democráticas y más justas en el futuro.

Los pies descalzos de una muchacha tímida tiemblan ante la puerta de una casa acomodada en la ciudad de Guatemala donde espera ingresar para trabajar como sirvienta; esa es su esperanza, y la de su familia. Pero des-